

“PAN Y NARANJAS”

SEIS VIAJERAS INGLESAS
EN EL GIBRALTAR DEL SIGLO XIX.



Marisol Dorao

Separata al número 1 de la Revista "ALMORAIMA", Junio 1989.

I.- Seis viajeras inglesas en el Gibraltar del S. XIX.

II.- Quiénes eran. Breves biografías de las viajeras.

- 1.- Maria Wilson (1837).
- 2.- Elizabeth Grosvenor (1842).
- 3.- Dora Wordsworth (1847).
- 4.- Lady Dunbar of Northfield (1860).
- 5.- Lady Herbert (1866).
- 6.- Lady Brassey (1878).

III.-

Qué vieron. El Gibraltar de la época.

- 1.- La llave del Estrecho.
- 2.- La línea separadora.
- 3.- Las galerías y las cuevas.
- 4.- La Alameda.
- 5.- Los cementerios.
- 6.- El mercado.
- 7.- El Convento, el drago y el jardín del Gobernador.
- 8.- La Bahía de los Catalanes.
- 9.- "The Royal Calpe Hunt".
- 10.- Los monos.
- 11.- Notas.

IV.-

Qué escribieron.

- 1.- *Spain and Barbary*, María Wilson, London, John Hatchard & Son, 1837, págs. 20 a 41.
- 2.- *Narrative of a Yacht Voyage in the Mediterranean*, Elizabeth Grosvenor, London, John Murray, 1842, págs. 75 a 83
- 3.- *Journal of a Few Months' Residence in Portugal and Glimpses of the South of Spain*, Dora Wordsworth, London, E. Moxon, 1847, págs. 218 a 227.
- 4.- *A Family Tour round the Coasts of Spain and Portugal in the Winter of 1860/1861*, Lady Dunbar of Northfield, William Blackwood & Sons, London, 1861, págs. 62 a 80.
- 5.- *Impressions of Spain*, Lady Mary Elizabeth Herbert, London, H. Bentley & Sons, 1866, págs. 79 a 85.
- 6.- *A Voyage in the "Sunbeam" 1876-1877*, Mrs. Brassey, London, Longmans, Green & Co., 1878, págs. 21 a 32.

“PAN Y NARANJAS”.

Seis viajeras inglesas en el Gibraltar del siglo XIX.

Marisol Dorao.

I.- Seis viajeras inglesas en el Gibraltar del S. XIX.

El reinado de la reina Victoria fue tan largo que en él hubo tiempo para toda clase de situaciones, de controversias, de problemas y de contradicciones.

De contradicciones también, porque fue una época tanto de avances tecnológicos como de retrasos sociales. Desde el punto de vista femenino fué, según describe Janet Dunbar (1), una era de crinolinas por un lado, y de abandono del corsé de ballenas por otro; de mujeres emancipadas que vivían su vida, renunciando incluso a casarse (algo impensable en la época anterior), y de pobres desgraciadas que morían trabajando en las minas de carbón.

Es sintomático que en el libro de Janet Dunbar, el capítulo X se titule “Vacaciones y viajes”, y el siguiente “Mujeres escritoras”, porque esas dos características son el común denominador de las mujeres de que se ocupa este trabajo.

Estas mujeres eran de clases muy diferentes: tenemos desde una rancia aristócrata como Lady Grosvenor, y una multimillonaria que acaba de estrenar título como Lady Brassey, hasta una señora de clase media como Dora Wordsworth, escritora aficionada e hija de uno de los mejores poetas románticos de la literatura inglesa -William Wordsworth-, pasando por una reciente conversa como Lady Herbert, preocupada principalmente por las iglesias y los conventos, una artista como Lady Dunbar, y una hija de militar, como Maria Wilson, la más joven de las seis.

Nuestras viajeras, que eran aves de paso, no pudieron calar en la forma de vida de Gibraltar, esa singular forma de vida que merece un capítulo aparte, pero es curioso ver cómo, al establecer sus coincidencias y sus divergencias de opinión, se reflejan en los comentarios el carácter y las aficiones de cada una.

Aunque algunas vinieron buscando el sol, todas acudieron a situarse a la sombra del pabellón inglés, pero no todas se dejaron cegar por él, como lo hace Lady Brassey:

Algeciras y San Roque resplandecían de blancura al otro lado de la Bahía, mientras que nuestro querido Peñón aparecía más fresco y limpio que de costumbre, exhalando un delicioso aroma de flores. Conforme el sol iba subiendo, los gorjeos de los pájaros sonaban más agradables, y nos hacían sentirnos como en casa.

Dora Wordsworth, que contempla Gibraltar de noche por primera vez, afirma que la ciudad no gana nada con la luz del sol. Desde el mar es el sitio menos atractivo que ha visto en su vida. Y Lady Herbert parece estar de acuerdo con ella:

De todos los lugares de España (sic), Gibraltar es el menos interesante, si exceptuamos, naturalmente, el punto de vista patriótico.

En cambio, Lady Grosvenor tiene la suerte de verlo de noche:

El aspecto del imponente Peñón que teníamos enfrente era muy especial esta noche, bajo una luna esplendorosa: la gran roca aparecía como una gran masa negra, luciendo, por unos minutos, una corona de nubes blancas en la cúspide. A sus pies, las luces de la ciudad titilaban como luciérnagas.

Pero desde lo alto del Peñón, desde allí sí que están todas de acuerdo en que la vista es maravillosa. María Wilson se lo cuenta a su hermana en una carta:

Al Oeste y al Norte se extienden la bahía y las hermosas montañas españolas. El Mediterráneo se va estrechando hacia el Este, separado de la bahía solamente por una fina lengua de arena que llaman "Tierra de Nadie", y la costa, salpicada de pueblecitos blancos que relucen al sol, se ve limitada a lo lejos por la cordillera de Sierra Nevada, esas cumbres de Granada cubiertas de nieve.

El título, "Pan y Naranjas", se lo debemos a Dora Wordsworth, que, cuando estuvo en San Roque de excursión desde Gibraltar, dió un agradable paseo por la Alameda "comiendo pan y naranjas", mientras a los caballos les daba una ración de pan mojado en vino. Todo un festín tropical.

II.- Quienes eran. Breves biografías de las viajeras.

1.- *María Wilson*. Era hija de un militar inglés. Su delicado estado de salud hizo que el médico de la familia le aconsejara pasar una temporada en el sur de Francia, huyendo del despiadado invierno londinense. Pero antes de embarcar, un amigo les habló de Gibraltar que quedaba más cerca, tenía sol, y pertenecía a la Corona Británica. Es interesante observar cómo el clima del Peñón, calificado de insano por profesionales y aficionados a la Ciencia, obró maravillas en la salud de María, según nos cuenta ella en las cartas que escribió a su hermana.

2.- *Elizabeth Grosvenor*. Tanto por parte de su padre, como más tarde por parte de su marido, pertenecía a la aristocracia y su fortuna era una de las más importantes de Inglaterra. Los Grosvenor tenían un hermoso yate, el "Dolphin", de 217 toneladas, en el que hicieron varios viajes por el Mediterráneo, las peripecias del de 1842, recogidas en un diario, se publicaron a instancias del Honorable Thomas Grenville, tío de la Marquesa.

3.- *Dora Wordsworth*. Era hija de William Wordsworth, el conocido poeta romántico inglés. Por motivos de salud, y acompañada de su marido, Dora viajó a Portugal en el invierno de 1845, visitando también algunos puertos del sur de España, y la colonia inglesa de Gibraltar.

4.- *Lady Sophia Dunbar*. Poetisa y pintora, sus aficiones iban más hacia la pintura, arte en el que su fama era reconocida en Inglaterra. De los dos libros que publicó, las ganancias del libro de viajes las dedicó exclusivamente a las obras de caridad.

5.- *Lady Herbert*. Como María Wilson, era hija de un militar. Después de morir su marido, el Barón Herbert of Lea, ella se convirtió al catolicismo, y se dedicó a escribir y a hacer obras de caridad. Su libro "Impressions of Spain", está dedicado a Lady Georgiana Fullerton, perteneciente como ella a la aristocracia inglesa y dedicada también a las obras de caridad.

6.- *Lady Brassey*. O mejor dicho, Mrs. Brassey, ya que cuando escribió su libro de viajes todavía no tenía el título, era, como su marido, muy aficionada a los viajes por mar. Durante el viaje en su yate "Sunbeam", en el que pensaban dar la vuelta al mundo, falleció Lady Brassey en Brisbane (Australia). Por expreso deseo suyo, su cadáver fue arrojado al mar a la puesta del sol.



III.- Qué vieron. El Gibraltar de la época.

1.- *La llave del Estrecho*. En el año 1502 Gibraltar pasó de manos del Duque de Medina Sidonia a la Corona de Castilla, y recibió de la Corona un escudo de armas: un castillo rojo con una llave dorada. A la llave se refería la inscripción que llamaba a Gibraltar "llave de estos Reinos, guardiana y defensora del Estrecho".

En 1504 murió la reina Isabel, y en su testamento, entre otras muchas cosas, dejó dicho:

"...mando a la dicha Princesa mi hija, y al dicho Príncipe su marido, y a los Reyes que después de ellos sucederán en estos mis reinos, que siempre tengan en la Corona y patrimonio real de ellos, la dicha ciudad de Gibraltar con todo lo que le pertenece, y no lo den ni anajenen, ni consientan dar ni enajenar cosa alguna de ella". (2)

La reina Isabel tenía a Gibraltar en más estima que sus sucesores, que olvidaron estas palabras de su testamento cuando llegó el caso.

Todo el mundo conoce la Guerra de Sucesión española, y el Tratado de Utrecht, pero es curiosa la versión que, hasta no hace mucho, se ha estado dando a los niños en las escuelas inglesas. Esta versión, que viene de lejos, la recogen

dos de nuestras viajeras: una es María Wilson, hija de militar, y la otra es Lady Grosvenor, aristócrata muy aficionada a la historia. María dice textualmente:

"...los ingleses, aliados con los austriacos, tomaron Gibraltar por mar y han conservado su posesión desde entonces".

Y Lady Grosvenor afirma:

"...como es bien sabido, fue finalmente tomado por los ingleses, al mando de Sir George Rooke, en 1704, que desde entonces han mantenido la posesión de esta importante llave del Mediterráneo."

John D. Stewart, un irlandés que ha escrito un curioso libro sobre Gibraltar (3), comenta en él que todo colegial británico sabe que el Almirante Rooke tomó el Peñón de Gibraltar para la Corona inglesa, pero que pocos son los que conocen el dato de que para quien realmente lo tomó fue para el príncipe de Hesse Darsmsstadt, agente del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España.

La pérdida de Gibraltar, que tanto preocupaba a la Reina Católica, no fue el resultado de un hecho de armas, sino de unas maniobras diplomáticas: Gibraltar dejó de ser español como consecuencia del Tratado de Utrecht, en el siglo XVIII.

Y, sin embargo, en el siglo XIX, algunas de nuestras viajeras no tienen todavía una idea muy clara de la nacionalidad de este pequeño reducto. Mientras que María Wilson, patriota hasta llegar al chauvinismo, ve muy claramente dónde termina Inglaterra, (limpieza, orden, ausencia de mendigos) y dónde empieza España, (suciedad, indolencia, improvisación) Lady Herbert habla de la Catedral Protestante de Gibraltar, Holy Trinity Cathedral, como de "la única iglesia protestante de España".

Aunque hay numerosos libros que describen el Gibraltar del siglo XIX, yo me he basado esencialmente en dos relatos: el de Richard Ford (4) -el "hispanista hispanófono", como le llamó José María Alberich- que lo ve desde fuera, y el del General Kenyon (5) que, aunque de época posterior, lo ve desde dentro y describe de una manera muy gráfica el ambiente del siglo XIX. Y como, en el fondo, el tiempo en Gibraltar transcurre lentamente, y las modas y las costumbres tardan mucho en cambiar, también me han sido de gran utilidad el libro de Francis Carter (6), por anterior, y el del ya mencionado John D. Stewart, por posterior.

2.- *La línea separadora.* Richard Ford empieza su relato hablando, no de "la línea", sino de "las líneas", que un día fueron una gran fortaleza. Fue en 1713, cuando Felipe V mandó construir dos fortines, el de San Felipe, llamado así por el santo de su nombre, y el de Santa Bárbara, por la Patrona de Artillería española, uno a cada lado de la lengua de arena que los ingleses llaman "campo neutral" y los españoles "tierra de nadie".

Según Ford, al cruzar esta lengua de arena, todo cambia como por arte de magia: de un lado están los centinelas españoles, "mal vestidos y peor alimentados", y del otro los británicos, "bien plantados y rollizos". Del lado inglés está "el orden, la preparación, la organización, la disciplina, la riqueza, el honor, y el poder del Reino Unido", y del otro, "la España calcinada, de suelo estéril y quemado por el sol". Para Ford, todo lo bueno de Gibraltar es inglés; todo lo malo español. Pero incluso las cosas buenas que pueda tener Andalucía (la cortesía de los caballeros, la sonrisa de las damas, las mantillas, etc...) desaparecen al cruzar "las líneas".

John D. Stewart, más ecuánime, sabe distinguir defectos y virtudes en los dos bandos, y no se deja cegar por la situación ambigua de la extraña colonia que, a lo largo de tantas vicisitudes ha ido adquiriendo un carácter propio de modo que, ni lo español de Gibraltar es absolutamente español, ni lo inglés es totalmente inglés.

3.- *Las galerías y las cuevas.* En la época en que estas viajeras llegaron a Gibraltar, los túneles que atraviesan el Peñón estaban en plena construcción, y todas visitaron las obras.

Las galerías se comenzaron a excavar en el verano de 1782, durante el llamado Gran Asedio, que fue el último intento de los españoles de recuperar el Peñón por las armas. Se cuenta que el General Elliot, el héroe del Gran Asedio, desesperado porque el fuego de sus cañones pasaba por encima de las líneas enemigas, que estaban demoraladas, ofreció, a gritos, mil dólares a quien encontrara la manera de hacer blanco. Al Sargento Ince se le ocurrió la idea de hacer una oquedad lo bastante grande como para introducir allí el cañón Kohler, y aumentarle el ángulo de tiro. La idea resultó, y el Sargento, además de los mil dólares, recibió una considerable extensión de terreno. Ince's Farm, y un caballo.

La oquedad se amplió, bajo la supervisión del Sargento Ince y del Teniente Ewoleth del Regimiento de Ingenieros, en dos niveles: galerías inferiores y galerías superiores; en estas últimas se encuentra la cueva de San Jorge. Según el "Gibraltar Directory" no hay excavaciones militares en el mundo entero que se puedan comparar a las galerías del Peñón de Gibraltar.

Actualmente las galerías se pueden visitar con un permiso de la Oficina de Turismo, pero cuando nuestras viajeras estuvieron allí, el permiso había que pedirlo a la primera autoridad militar, lo que no presentó dificultades porque todas venían con carta de recomendación.

En 1830, antes de la llegada de las viajeras, había ocurrido un espantoso accidente, que dos de ellas mencionan porque se lo contaron al enseñarles las galerías. María Wilson dice que no se sabe lo que pasó realmente, pero Elizabeth Grosvenor está mejor informada: uno de los cañones, al retroceder, prendió un almacenamiento de pólvora que había detrás, y catorce hombres murieron destrozados.

En 1957, el Coronel D.M. Eley del Regimiento de Ingenieros dio una conferencia, cuyo texto se conserva en la Garrison Library (7) sobre la construcción y el estado de las galerías. En la construcción estableció cinco etapas: la primera data del tiempo del Gran Asedio, hasta principios del siglo XIX. En esa época se interrumpen los trabajos y no se reanudan hasta mediados de siglo, que es la época en que llegaron nuestras viajeras. El tercer periodo corresponde a los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, el cuarto a los de la Guerra, y el quinto al periodo de la post-guerra. El texto va acompañado de numerosos planos de las galerías, con los tramos coloreados según las fechas de construcción, en donde se aprecia que el Peñón está prácticamente hueco.

Las cuevas, de las que también hablan las viajeras, son verdaderamente curiosas. Las más conocidas son las de San Miguel, Genista, Leonora, y la Cueva Mediterránea. La más grande es la de San Miguel, que debe su nombre, según Portillo (8) a su parecido con la Cueva de San Michéle, en Gargano de Apulia, en Italia. Según el Capitán Brome, del Regimiento de Ingenieros, la Cueva de San Miguel se menciona en la obra de Pomponio Mela (9).

La Cueva de San Jorge, de la que hablan algunas visitantes es, en realidad, una cavidad artificial construida para usos militares después del incidente del cañón Köhler. Existen otras cuevas artificiales, como la llamada Brewery Chambers, que mandó construir el Duque de Kent cuando fue Gobernador, para poner el alcohol a buen recaudo, fuera del alcance de los soldados, y evitar complicaciones.

Lady Elizabeth Grosvenor habla de Sir John Jones, un Oficial del Regimiento de Ingenieros que acababa de llegar para supervisar el estado de las galerías y para hacer un presupuesto con vistas a posibles reparaciones. Sir John Thomas Jones (10) tuvo su primer destino en Gibraltar durante la época del Gran Asedio, y tomó parte en la iniciación de los trabajos de las galerías. Cuatro años después volvió a Inglaterra, y más tarde luchó en España, en la Guerra de la Inde-

pendencia, al mando de Wellington. En 1840 volvió a Gibraltar para revisar las fortificaciones, y fue entonces cuando conoció a Lady Grosvenor. Al año siguiente volvió a Inglaterra, donde murió dos años más tarde, y fue enterrado en la Catedral de San Pablo, donde hay una estatua a su memoria.

4.- *La Alameda*. “*La Alameda es uno de los jardines más bonitos que he visto en mi vida*”, dice Dora Wordsworth. María Wilson también menciona la Alameda en términos elogiosos.

Los jardines de la Alameda, que siempre tuvieron nombre español, se deben al interés y la perseverancia del Gobernador Sir George Don, y quizás no fuera ajena la influencia de su esposa, gran aficionada a la jardinería. “*Flora desposada con Marte*”, en palabras de Richard Ford.

La ladera donde se asientan los jardines puede considerarse dividida en dos partes: en la parte baja, el paseo, es donde tienen lugar los desfiles militares, y se denominó Kingsway en honor de Su Magestad el rey Eduardo VII. Esta parte, que empezó siendo terreno exclusivamente militar, se abrió al público el 14 de abril de 1816.

La parte superior de la Alameda, también llamada “*Jardines del Almirante*”, recibió en un principio el nombre de Red Sands (arenas rojas), por el color de su suelo. Allí fue donde se concentraron las tropas durante el Gran Asedio (1779-1783), al mando del General Elliot, de quien hay allí un busto que Dora Wordsworth califica de “*espantoso*”, y



que Richard Ford denomina "*talla caricaturesca*". Un descendiente del General, Elliot Drake, que también descendía de Sir Francis Drake, fue quien mandó erigir el monumento.

5.- *Los cementerios*. Por estas "arenas rojas" pasaba la primitiva conducción de agua en tiempo de los moros, atravesando la ciudad por conductos que llegaban hasta las Atarazanas, lo que actualmente se llama "Waterport". Cuando la posesión de Gibraltar pasó de los moros a la Corona de Castilla, los castellanos hicieron unos depósitos al pie de las Arenas Rojas; el agua de estos depósitos llegaba por un acueducto hasta una fuente que había en la plaza, que después se llamó Plaza del Comercio (Commercial Square) y hoy es la Piazza.

Al otro lado de las *Arenas Rojas* los Caballeros de la Orden de San Juan de Malta erigieron una capilla, alrededor de la cual había varios enterramientos. Estos enterramientos se cambiaron de sitio cuando todo aquello se convirtió en jardines públicos. María Wilson menciona unas "lápidas medio desenterradas" que debían ser los restos del mencionado cementerio.

Richard Ford nos lo explica en su libro, al hablar del sector de la Alameda donde las damas se detenían a escuchar la música de las bandas militares, bajo las miradas de los turcos con turbante y de los moros de blancas túnicas:

"A un extremo de esta escena llena de vida, hay un sector silencioso donde sólo los oficiales pueden ser enterrados. No se permite la intrusión de "habitantes" ni de "escorpiones" (11). No pertenecen a "los nuestros", y la "casta" manda sobre los vivos y sobre los muertos. Este "ton de garnison" es la excepción de la tolerancia universal". (12)

El problema de los enterramientos tuvo que ser siempre un asunto difícil de resolver, vista la falta de sitio material. En la primera mitad del S. XIX (13) el cómputo anual de fallecimientos se elevó al 32,5 por mil, cuando en el siglo anterior la media había sido de 8,8. Se responsabilizó de ello al clima, húmedo e insano, y nadie mencionó entonces el agua potable ni la ausencia de alcantarillado, que posiblemente influyeran en las epidemias.

Ayala (14) al mencionar aquel acueducto que construyeron los españoles en 1571 y que atravesaba las Arenas Rojas, dice que las aguas que llevaba eran "*tan puras y cristalinas que la gente venía de lejos a beberlas*". Sin embargo, las circunstancias cambiaron sensiblemente al ser utilizado el sitio como cementerio militar. Lord Trelawny, que fue Gobernador de 1756 a 1757 menciona "*el gran inconveniente que para la salubridad presentan los enterramientos en las Arenas Rojas*" (15), que en aquellos días llegaban desde South Bastion hasta Sandpits.

Un mapa de Gibraltar en el siglo XVIII que se encuentra en el Museo Británico (16) señala una zona de enterramientos militares en los Glacis del Sur, fuera de la muralla (South Bastion), que muy posiblemente sea la misma a que se refiere Lord Trelawny.

El lugar llamado Sandpits (pozos de arena) se utilizó durante mucho tiempo para las ejecuciones públicas, y como los ejecutados eran enterrados allí mismo, la costumbre hizo que quedara como cementerio (Sandpits Cemetery). A este cementerio se trasladaron en enero de 1780 una parte de las tumbas del Cementerio Civil, o North Front Cemetery, que había sufrido daños bajo el fuego de los cañones españoles, pero más tarde, al construirse los jardines de la Alameda, estas tumbas volvieron a su lugar primitivo.

Ninguna de las viajeras menciona el cementerio de Trafalgar (Trafalgar Cemetery), que está dentro de la ciudad, justamente detrás de la muralla que Carlos V mandó construir en 1540 para defender la ciudad de los ataques del pirata Barbarroja. Este cementerio fue hecho para enterrar a los que llegaban heridos de la batalla de Trafalgar y morían en tierra.

Subiendo hacia la Cueva de San Miguel, Lady Elizabeth Grosvenor pasa junto al cementerio judío, pero no hace ningún comentario. Dora Wordsworth se lo encuentra cuando va bajando hacia la Alameda, y se detiene a mirarlo, a pesar de que el lugar le parece “desolado y deprimente”, porque las piedras planas le recuerdan el paisaje de Nab Scar, en el camino de Grasmere.

Se trataba de Windmill Hill (la colina del molino de viento), el primer emplazamiento del cementerio judío. La primera colonia judía, que se estableció en Gibraltar en 1721, se preocupó enseguida de buscar un lugar para los enterramientos, y escogieron Windmill Hill, que entonces estaba mucho más alejado que ahora del centro de la ciudad, porque para los judíos es preceptivo que los cementerios estén fuera de las ciudades.

Después de las epidemias de 1804, 1813 y 1828, Windmill Hill empezó a resultar insuficiente, y la colonia judía empezó a buscar otro sitio, encontrándolo en la parte baja de la ciudad, que ya no quedaba tan alejado pero que todavía quedaba en las afueras. Es el actual North Front Cemetery, lindando con el cementerio cristiano.

Cuando las viajeras inglesas lo vieron, Windmill Hill estaba empezando a ser desechado, y se clausuró definitivamente el 6 de marzo de 1848, es decir, dos años después de que lo viera Dora Wordsworth, que ya se dió cuenta de su abandono. De todas maneras, para una inglesa acostumbrada a la pompa de los cementerios cristianos, con panteones, estatuas, árboles, y profusión de plantas y flores, debió de resultar impresionante la vista de un cementerio judío, donde todas las losas tienen evidentemente que ser planas, y donde están excluidas las estatuas, las cruces, y hasta los árboles.

6.- *El mercado.* La concentración, en un lugar tan pequeño como Gibraltar, de tal cantidad de nacionalidades, razas, idiomas y vestimentas, fue algo que llamó poderosamente la atención a todas las viajeras.

Dora Wordsworth nos muestra su asombro, a la vuelta de la deliciosa excursión a San Roque, cuando, al cruzar la lengua de arena de la “Tierra de Nadie”, se encuentra con elegantes jinetes de los dos sexos, vestidos impecablemente a la inglesa (Hyde Park) o a la francesa (Bois de Boulogne) junto a pintorescos jinetes andaluces, con bellísimas mujeres de ojos negros a la grupa. Carruajes estilo Bond Street junto a contrabandistas de la Serranía de Ronda... y al cruzar la frontera, el Mercado.

Es curioso que Lady Grosvenor que lo pasó muy bien cuando visitó el mercado de Cádiz (17) y que opinó entonces que “un mercado extranjero suele ser siempre algo muy divertido”, no visitó el Mercado de Gibraltar, o, al menos, no lo menciona. Y, sin embargo, tuvo que pasar por delante porque, como el de Cádiz y como la mayoría de los mercados de la época, estaba a las puertas de la ciudad para facilitar la llegada de las mercancías.

En Gibraltar estaba a la derecha, al pie de la muralla, donde un letrado todavía recuerda su ubicación, y son dos las viajeras que se detienen a verlo, Dora Wordsworth y María Wilson, y las dos se quedan impresionadas ante la brillantez y la variedad de su colorido. Y como, en realidad, aparte de una guarnición militar, toda la ciudad no era más que un inmenso mercado, según hace notar Stewart en su libro antes citado, ese mismo colorido y esa misma brillantez se apreciaban continuamente por las calles, cosa que las viajeras no dejaron de observar. Cuando Lady Grosvenor, al hablar de las calles, menciona la enorme mezcla de nacionalidades, no se guía sólo por los diferentes sonidos de sus lenguas, sino por los trajes nacionales que llevaba cada uno.

Richard Ford comenta que Gibraltar, a causa del colorido de sus habitantes, en caras y ropas, parece más poblado de lo que realmente está, y es como un carnaval continuo, con aportaciones de tres continentes: Europa, Asia y África. Para él, aparte de las calles, este carnaval se concentra en el Mercado, que él considera, como Lady Grosvenor, un sitio divertidísimo. Los más pintorescos son los contrabandistas de Ronda; los judíos, que siempre están en la calle, los más sucios; y los moros, los más limpios y los de mejores modales.



Sin embargo, no es Richard Ford el único que observa la limpieza, la elegancia y la apostura de los moros de Gibraltar: ya Madame de Sevigné (18) habla de ellos *“llevando con elegancia sus largas vestiduras blancas; sus vestidos brillantes, o sus piernas desnudas”*.

Una cosa hay aquí que se les escapó a las viajeros inglesas, a Madame de Sevigné, y hasta al agudísimo Richard Ford, pero que no pasó desapercibido para George Borrow, “Don Jorgito el de las Biblias”, un viajero concienzudo que nunca parecía estar de paso en ningún sitio. Esa cosa era la diferencia entre árabes y moros.

Borrow, en una de sus numerosas visitas a Gibraltar (19) habla de unos hombres morenos “apoyados indolentemente en la pared, vestidos con una especie de blusón azul corto, sujeto a la cintura con una cincha de cuero, desnudos de pierna y pie”. Eran porteadores moros, que ni eran musulmanes ni se consideraban árabes. El capataz, que fue el que habló con Borrow, era un judío de Berbería. Los de las *“elegantes túnicas blancas y modales suaves”* eran comerciantes árabes, gente de dinero y de refinada educación. En el siglo XX su puesto ha sido ocupado por los indios, y los moros son los que han llenado los huecos que dejaron los obreros españoles no cualificados cuando se tuvieron que ir.

7.- *El convento, el drago, y el jardín del Gobernador*. No podemos dejar pasar las circunstancias sociales de nuestras viajeras: unas tenían unas obligaciones impuestas por su condición de aristócratas, y otras no. Ni Dora Wordsworth ni María Wilson hablan de la Residencia del Gobernador, porque no fueron invitadas a ella. Quien posiblemente sí lo fuera era el Coronel Wilson, padre de María, como militar distinguido. También lo fueron seguramente Lady Sophia

Dunbar y Lady Herbert, y ésta última menciona la hospitalidad del Gobernador, pero ninguna de las dos dice nada de la casa, que debía ser preciosa, sino que reservan su admiración para las plantas del jardín. Las dos hablan, maravilladas, del árbol Drago (dragon's blood Plant) y de sus cualidades casi mágicas: "se dice que le sale sangre del tronco cada vez que se le hace una incisión".

La residencia del Gobernador de Gibraltar se llamaba el Convento porque originariamente fue un convento de franciscanos. Montero (20) dice en su libro que, en 1480, unos franciscanos fundaron una pequeña iglesia en un lugar no determinado actualmente, y que en 1531 ocuparon el lugar que hoy tienen. En el siglo XVIII, el Cabildo General Franciscano les autorizó para que la ampliaran como convento, y el Notario del Cabildo les puso como condición que en la ampliación incluyeran una capilla para ser enterrado él y su familia.

Después del Gran Asedio, en 1728, el Convento se convirtió en residencia del Gobernador de la plaza, conservando su nombre. En 1753 se amplió considerablemente, añadiéndosele patios y balconadas: en los Archivos del Regimiento de Ingenieros se pueden ver los planos de esta reforma. La capilla pasó a ser lo que hoy se llama King's Chapel, y se usa en servicios anglicanos y ceremonias oficiales. En 1844, el último vestigio de franciscanismo, el escudo con las dos manos y la cruz, desapareció bajo una capa de escayola.

En 1908 se le cambió el nombre por el de "Government House", a raíz de la visita del rey Eduardo VII, que se había sentido muy molesto cuando los periódicos de Londres publicaron que "el rey había estado almorzando en el convento": para el Jefe de la Iglesia Anglicana esto resultaba un tanto sorprendente. En 1943, el rey Jorge VI, padre de la actual soberana, le restituyó su antigua denominación.

Al Drago del Convento se le adjudican unos mil años de edad. El padre del actual Príncipe de Mónaco, experto naturalista, que estuvo en Gibraltar invitado por el Gobernador, Sir Robert Biddulph, declaró que el Drago del Convento era el ejemplar más antiguo de su especie, dado que el de Tenerife había desaparecido ya. Lo cual quiere decir que la planta estaba allí antes de la llegada de los franciscanos, dato muy importante éste para determinar que no fueron los frailes los que llevaron la semilla, desde África o desde las Islas Canarias.

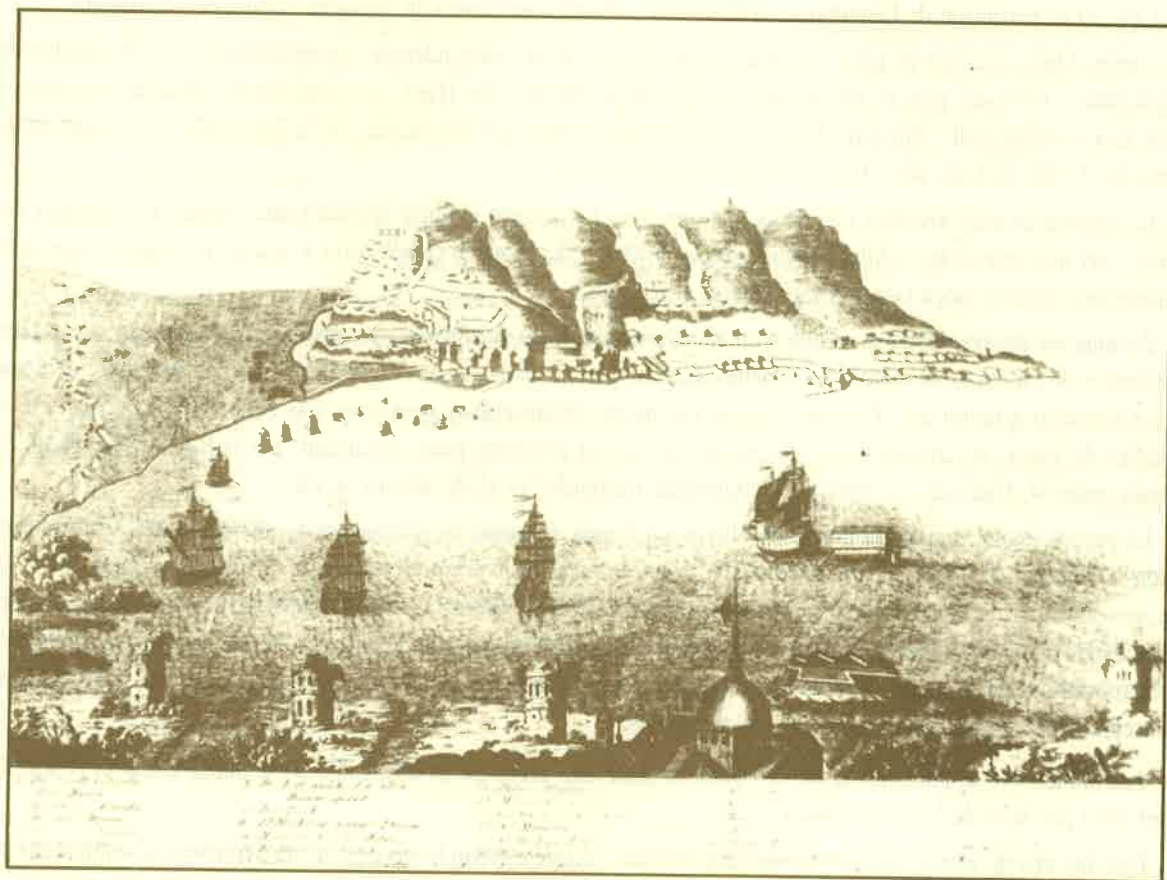
Margaret d'Este, fotógrafa inglesa profesional que, a principios de siglo recorrió las Islas Canarias haciendo reportajes fotográficos, habla en su libro (21) de diferentes ejemplares de drago, ya que se dice que Canarias es uno de sus lugares de origen. Menciona que, además, se han encontrado algunos en Abisinia y en Somalia, pero no menciona ni el de Gibraltar, ni los de Cádiz.

El nacimiento del drago no es espontáneo, y su siembra, que no se hace por esqueje sino por semilla, es bastante complicada. Tiene las raíces rojas, lo mismo que la savia, lo que probablemente originara el comentario de una de las viajeras, de que al hacerle una incisión al tronco, salía sangre. Y, decididamente, es la base del nombre de esta planta en inglés: "árbol de sangre de dragón" (dragon's blood tree).

Las plantas del jardín también fueron objeto de muchos comentarios. Sophia Dunbar habla de palmeras datileras, de bananos, de naranjos, y de buganvillas de varios colores. Es fácil comprender la admiración de unas inglesas aficionadas a las flores y entendidas en la materia, si tenemos en cuenta que, en su libro (22), Sir B.H.T. Frere, nombra 517 clases de plantas, dejando aparte los helechos y las hierbas comunes.

8.- *La Bahía de los Catalanes*. Hay una cala, en el lado Este del Peñón, que lleva el curioso nombre de "Catalan Bay", Bahía de los Catalanes. Una de las visitantes cree que Catalan es el nombre del pueblo, y otra que le llama Catlin Bay porque nunca lo ha visto escrito.

La realidad es que el nombre no tiene mucha lógica, aunque es tan antiguo que no se conoce exactamente su origen.



En la Garrison Library hay una reproducción de un plano de 1750, cuyo original está en el Museo Británico, de la parte Este del Peñón, donde ya aparece el nombre de "Catalan Bay".

No hubo nunca catalanes, ni en esa caleta ni en Gibraltar, pero sí existió, desde muy antiguo, una importante colonia de genoveses. Estos hombres eran pescadores, y utilizaban las mismas artes de pesca, mediterráneas, que los catalanes. Llevaban barretina, hablaban un idioma cantarín de raíz no sajona, y vivían en una cala pequeña, "Caleta", cuyo sonido recuerda al de la palabra "catalán" pronunciada a la inglesa, es decir, con el acento en la primera sílaba. Esos, al menos, son los argumentos que utiliza el Reverendo M.V. Jones, de los Christian Brothers, en un artículo aparecido en el "Gibraltar Chronicle" el 30 de abril de 1909, donde dice basarse en el Diccionario Universal de Rafael Serrano.

9.- "*The Royal Calpe Hunt*". Lady Dunbar ha paseado a caballo por el Bosque de Alcornoces (the cork woods), y ha oído decir que por allí y por la Almoraima (the cork convent) se hacen cacerías a caballo, cacerías como en Inglaterra, persiguiendo un zorro, con todas las características y todos los requisitos de este deporte inglés. Ha oído incluso que la guarnición mantiene una rehala por suscripción popular. Lo ha oído, pero se resiste a creerlo, porque ¿cómo va a galopar un caballo, por muy inglés que sea, por aquellas rocas escarpadas?

Y, sin embargo, era verdad: había oído bien. Ni Richard Ford, ni George Borrow, ni Francis Carter, hablan de la

“Royal Calpe Hunt”, y ninguna de nuestras viajeras perteneció a esta Asociación ni pudo tomar parte en una cacería, pero es bien sabido que los ingleses, donde quiera que vayan, se llevan no sólo su idioma sino también sus costumbres, y por eso en la guarnición de Gibraltar se celebraba la caza del zorro como en cualquier llanura de Devonshire.

También hubo cacerías de zorros durante nuestra Guerra de la Independencia, organizadas por Lord Wellington en Extremadura y Granada, pero no tenían nada que ver con la “Royal Calpe Hunt”, con sede fija en Gibraltar, que empezó siendo una sociedad civil, “The Civil Hunt”, y fue después asumida por los oficiales de la guarnición, que se surtían de perros en el Club de Caza de la Isla de León, en San Fernando.

La historia de esta Sociedad está contada en un libro (23) donde el autor reconoce que, debido a lo abrupto del terreno, hay que apretar las rodillas, sujetar bien las bridas, y dejar que el caballo vaya a su aire. Los caballos son unos animales muy listos y saben cómo evitar agujeros y pedruscos.

Aunque los lugares donde se cazaba normalmente estaban fuera del Peñón, (los pinares, la Almoraima, etc...) también dentro de Gibraltar se celebraron algunas cacerías. Un oficial austriaco de Caballería que, en diciembre de 1864, llegó a Gibraltar a bordo del “Peruvian” con su regimiento de lanceros, y pasó unos días en la ciudad, publicó, en un periódico de Viena, un artículo sobre una partida de caza en que tomó parte, organizada por la Royal Calpe Hunt. El artículo apareció, traducido al inglés, en el “Gibraltar Chronicle” el 14 de febrero de 1865.

La partida estaba compuesta por 93 caballeros y 4 damas. El punto de reunión era San Roque, y desde allí se dirigieron a Gibraltar. El autor cuenta, horrorizado, cómo los caballos corrían, dos patas en el suelo y las otras dos en el aire, por sitios más apropiados para cabras montesas. Los oficiales austriacos, soldados aguerridos, se quedaban estupefactos viendo a aquellas rubias y frágiles damas galopar tranquilamente por las escarpadas laderas, sin perder ni un ápice de su apostura ni de su gracia. Al final del artículo el oficial austriaco admite que no encuentra palabras para describir la intrepidez y el espíritu deportivo de aquellos ingleses.

10.- *Los Monos*. No se puede hablar de Gibraltar sin decir algo sobre los monos, como no se puede visitar el Peñón sin haber visto por lo menos uno de ellos.

Esta fue una de las decepciones de nuestras viajeras: ¿dónde estaban los monos? Dora Wordsworth ve unas encantadoras cabras, que le parecen las más bonitas y las más grandes que ha visto en su vida, y Lady Grosvenor también considera que las mulas de Gibraltar son más hermosas que las de Portugal o Sevilla. Y ella, por lo menos, tiene la suerte de ver dos monos encaramados en lo alto de una roca, aunque sea de lejos, pero Lady Dunbar y Dora Wordsworth no llegan a ver ninguno: sólo oyen hablar de ellos.

Según Richard Ford, los monos son los auténticos leones de Gibraltar: Salomón los mandó traer de Tarsis:

...El Rey tenía una flota en Tarsis, junto con la flota de Hiram; cada tres años venía la flota de Tarsis cargada de oro, y de plata, y de marfil, y de monos y de pavos reales.

(I, Libro de los Reyes, X, 22) (24)

Admite Ford que son difíciles de ver, a menos que el Levante les haga salir de sus escondrijos.

El naturalista Linneo los clasificó como *Macacus Inuus*, y los ingleses los consideran naturales de Berbería, en la costa norteafricana, sin que exista una teoría fundamentada de cómo llegaron a Europa. Según John D. Stewart su celebridad se basa en que son los únicos simios indígenas que sobreviven en Europa. No son antropoides y no tienen rabo.

El hecho de que una de las columnas de Hércules, la africana, sea denominada “Ape’s Hill” (colina de los monos) por los ingleses, asegurando que por allí se han visto monos como los de Gibraltar, no quiere decir que su origen sea

ése. Según Richard Ford, el nombre de monte Abila, viene del árabe Abel, y significa "Monte de Dios"; "Ape's Hill" no es más que una corrupción de la expresión árabe.

Parece significativo que no se hayan encontrado restos de monos en las cavernas, cuando sí se han encontrado restos de elefantes prehistóricos y hasta de seres humanos. Pero ésto también puede ser la consecuencia de que los supervivientes tengan la costumbre de enterrar los huesos de sus compañeros muertos en algún lugar inaccesible. En el Museo Británico existe un documento en el que se afirma que un buen número de estos monos fueron llevados a Gibraltar en 1740, pero no dice desde dónde.

La colonia de monos de Gibraltar ha tenido varios altibajos. En 1910 había 200, y como, al parecer, eran demasiados, se fueron matando entre ellos, hasta no dejar más que tres en 1913. El Gobierno Colonial, alarmado, intervino estableciendo un fondo monetario para cuidarles, y encargó de su vigilancia al Real Regimiento de Artillería. Actualmente hay dos grupos, cada uno de los cuales recibe su alimento, puntual y equitativamente, a las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde.

La coincidencia de que cada vez que Gran Bretaña acusa una disminución en su economía, disminuya el número de monos en el Peñón, puede haber sido el origen de la leyenda que dice que cuando el Peñón se quede sin monos, dejará de ser inglés. Cuando Sir Winston Churchill, que conocía esta leyenda, se enteró, en 1943, de que sólo quedaban siete monos, ordenó que inmediatamente mandaran de África otros siete.

NOTAS

- 1.- Dunbar, Janet, *The Early Victorian Woman*, London, George Harrap & Co., Ltd. 1953.
- 2.- Manuscrito de la Biblioteca Nacional, T. 39, ff 22, 23 y 24.
- 3.- Stewart, John D., *The Keystone*, London, Murray, 1967.
- 4.- Ford, Richard, *The Traveller's Handbook for Gibraltar*, London, Murray, 1844.
- 5.- Major General E.R. Kenyon, *Gibraltar under Moor, Spaniard and Briton*, London, Methuen 1933.
- 6.- Carter, Francis, *A Journey from Gibraltar to Malaga*, London, 1777.
- 7.- Garrison Library, G.q. 624.19.
- 8.- Portillo, *Historia manuscrita de Gibraltar*, Archivo del Ayuntamiento de Algeciras.
- 9.- Efectivamente, como cita Francis Carter, Pomponio Mela, en su libro II, capítulo 6, la describe con frases muy elogiosas.
- 10.- Sir John Thomas Jones, *Dictionary of National Biography*.
- 11.- Ford escribe "nabitants" y "scorpions". El segundo era el apelativo que se daba a los funcionarios, y el primero a los que no tenían profesión específica.
- 12.- Ford, Richard, *Handbook*, pág. 517.
- 13.- Ellicott, J.T. and D.M., *The City Hall, an Ornament of the Almeida*, Gibraltar 1950, págs. 10/11.
- 14.- López de Ayala, Ignacio, *Historia de Gibraltar*, en Madrid por Don Antonio de Sancha, 1766.
- 15.- Occurrences in Gibraltar, MS in the British Museum, Add MS 23637.
- 16.- Add MS 34067.
- 17.- Dorao, M., "Seis viajeras inglesas en el Cádiz del S. XIX", Cádiz, Revista Gades nº 4.
- 18.- Madame de Sevigné, *Lettres d'Espagne*, págs. 180/81.
- 19.- Borrow, George, *The Bible in Spain*, London, Dent, 1906, pág. 453.
- 20.- Montero, Francisco, *Historia de Gibraltar y de su campo*, Madrid, 1860.
- 21.- D'Este, Margaret, *In the Canaries with a Camera*, London, 1909.
- 22.- Frere, Sir B.H.T., *The Flora of Gibraltar*, 1910.
- 23.- Fergusson, Gordon, *Hounds at Home; the History of the Royal Calpe Hunt*, London, Springwood Books, 1979.
- 24.- Esta cita la sacó Richard Ford, no de la Biblia, sino del libro antes citado de Francis Carter, pág. 29.